

PENÍNSULA



JUAN BOLÍVAR

LIBRE

**LA TRAGEDIA DEL
ATLAS**

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

A LA VENTA EL 14 DE SEPTIEMBRE

**La desgarradora crónica sobre el fatídico accidente que
sufrieron tres espeleólogos españoles en el Atlas marroquí.**

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
ITZIAR PRIETO (Comunicación Área de Ensayo)
T: 659 45 41 80 / E: iprieto@planeta.es**

SINOPSIS

«Un grito breve y seco ha silenciado la cascada. Durante unas décimas de segundo me quedo paralizado, intentando escuchar cualquier sonido que me ayude a entender qué ha sido ese latigazo que acaba de recorrerme el cuerpo. Quiero descartar que le haya pasado nada a mis compañeros, que solo ha sido un susto ante un traspies imprevisto en la ruta, pero ese grito ha sonado como si alguien hubiera abierto las puertas de la montaña a la mismísima muerte.»

En abril de 2015, la vida de tres espeleólogos tuvo a España en vilo a lo largo de una semana. Habían tenido un grave accidente en su expedición por el Atlas y dos de ellos luchaban por sobrevivir atrapados a los pies de una cascada mientras las autoridades españolas negociaban con las marroquíes para mandar a un equipo de rescate. Una historia que debería haberse resuelto a las pocas horas y que sin embargo derivó en un entuerto diplomático de funestas consecuencias.

En voz de uno de sus protagonistas y emulando clásicos de la literatura de montaña como *Mal de altura*, este libro es la historia real y estremecedora de una asombrosa lucha por la supervivencia narrada con el pulso de un *thriller*.

EL AUTOR



Juan Bolívar Bueno (Granada, 1987) es policía nacional de profesión, pero su pasión por las aventuras y el montañismo le llevó a la práctica de deportes de riesgo, como el barranquismo y la espeleología. En 2015, junto al Club de Espeleología Ilíberis, se unió a una expedición al barranco de Uandras, en el Gran Atlas de Marruecos. Junto a dos espeleólogos más, Bolívar sufrió un accidente en el que sus compañeros fallecieron. El caso causó mucho revuelo en la prensa española por las presuntas negligencias por parte de los equipos de rescate y autoridades marroquíes.

Extractos de la obra

Silencio

«Un grito breve y seco ha silenciado la cascada. Durante unas décimas de segundo me quedo paralizado, intentando escuchar cualquier sonido que me ayude a entender ese alarido que, como un latigazo, acaba de recorrerme el cuerpo. Quiero descartar que les haya pasado algo a mis compañeros, pensar que solo ha sido un susto ante un traspiés imprevisto en la ruta. Pero ese grito ha sonado como si la montaña hubiera abierto sus puertas ante la mismísima muerte, y la quietud que lo ha precedido es lo que me preocupa.

Levanto la mirada de las mochilas que estaba a punto de cargar para retomar la escalada y es cuando veo a José Antonio y a Gustavo, unidos por la misma cuerda, descendiendo al vacío en caída libre. Al sonido, que ya se había esfumado, se le suma entonces el tiempo, que siento como se detiene. Incrédulo, cierro y vuelvo a abrir los ojos para tratar de entender una realidad que se reproduce ante mí a cámara lenta. El casco de Jose resuena con un eco insoportable cada vez que choca contra las rocas antes de que su cuerpo, ya en descenso, caiga sobre la nieve, muy cerca de donde me encuentro. Mientras tanto, Gustavo se tambalea como un títere sin control, estampándose contra la pared una y otra vez, con una cadencia siniestra que lo balancea sin pensar a mitad de la vía de ascenso.

No puedo creer el espanto que mis ojos tienen ante sí. ¿Qué carajo ha pasado? ¿Y cómo ha podido ocurrir? Aunque lo más importante que me pregunto es: ¿qué les pasa a mis compañeros? Comienzo a gritar sus nombres con desesperación: "¡José Antonio! ¡Gustavo!". Ninguno contesta. Todo parece mentira. De pronto, siento que a mi alrededor la velocidad del tiempo se reanuda. De hecho, parece moverse a toda prisa. ¿Por qué va todo tan rápido de golpe? Y si todo va tan rápido, ¿por qué no hemos salido ya de este lugar absurdo y estamos en casa, debajo de un buen chorro de agua caliente, dándonos una ducha reparadora y suspirando por lo que, por suerte, tan solo se ha quedado en un susto? ¿Por qué todo parece tan real si nada de lo que está pasando es cierto?

Los sonidos a mi alrededor, en cambio, no han vuelto a la vida, y solo soy capaz de percibir el inmenso silencio de la montaña. Ya no oigo gritos, golpes, ni caídas. No se oye nada. Creo que si me concentro, empiezo a percibir el silbido de una tímida brisa, pero nada más. Mi instinto me dice que tendría que echarme a gritar, clamar y vociferar como nunca antes en mi vida. Mi cabeza, en cambio, impone la lógica de que nadie podrá escucharme y que, por lo tanto, pedir ayuda no servirá de nada. La impotencia solo me deja intacta la capacidad de maldecir. Aun así, sé que no puedo dejarme llevar por el pánico; sé que tengo que intentar pensar con lucidez. Debo ponerle nombre a lo que está pasando; se trata de una regla importante en el arte de la supervivencia, debo saber a lo que me enfrento para poder ser eficaz.

No obstante, por más que me mentalizo, por más que trato de recordar toda la teoría a la velocidad de la luz, por más que sepa lo que tengo que hacer... me siento incapaz de reaccionar. Frente a mí se hallan los dos cuerpos inmóviles de mis compañeros, y aun así mi cabeza insiste en pensar que en cualquier momento van a levantarse como si nada hubiera ocurrido, y que entonces nos echaremos unas risas por la leche que se han dado para, acto seguido, retomar el camino con una anécdota más que contar al resto del grupo cuando nos reencontremos. "¡Y menuda anécdota! ¡Vaya susto de mierda! ¡Vaya golpe al corazón!".»

La espera

«Veo como arriba ya amanece. Hasta aquí no llegan aún ni la luz ni el calor del sol, pero sí la claridad suficiente como para activarme y saber que puedo dar por terminada la noche. Han sido las horas más largas de toda mi vida. Tengo miedo, frío y una sensación de impotencia que no había conocido jamás.

Apenas he dormido; de hecho, no recuerdo haber dormido. Qué irónico me resulta pensar que mi mayor temor solo unas horas atrás era cerrar los ojos y no volver a despertarme, caer inconsciente y congelarme antes de que nadie supiera tan siquiera que estamos tirados en el fondo de este barranco, perdidos de la mano de Dios. Las alarmas que programé en el móvil para que sonaran cada dos horas como un aviso que gritase “¡VIVE!” han ido sonando puntuales, y todas, sin excepción, me han encontrado despierto. La adrenalina, supongo. No niego que, de puro agotamiento, haya podido pegar alguna cabezada, pero no he sido plenamente consciente de ellas y, en cualquier caso, podría apostar que no he dormido más de veinte minutos del tirón. Estoy seguro de ello porque he pasado la noche en alerta ante cualquier ruido o señal que, en medio de una oscuridad imponente, pudiera ser el anuncio de la llegada de algo o alguien (en mi mente, un equipo de rescate).

Lo cierto es que yo me encuentro bien; magullado, pero bien. José Antonio está mal, muy mal. Y Gustavo... Bueno, el cuerpo de Gustavo sigue ahí, inmóvil.

Tengo que arrancar, ponerme en pie, así que me coloco las raquetas en las botas y me dirijo sobre la nieve hasta el muro a cuyo resguardo dejé a José Antonio. Al alcanzar la pared obtengo por fin una buena noticia: está despierto y parece que, con mayor o menor esfuerzo, ya puede al fin hablar. Verlo consciente me da ánimos.

—Tío, ¿por dónde habéis tirado vosotros? Yo tendría que haber ido también por ahí —ha sido lo primero que me ha dicho, evidentemente desorientado.

—Estamos los tres aquí —le respondo—. Hemos tenido un accidente y estamos atrapados juntos en el barranco. Gustavo está descansando, no te preocupes. Reposa tú también, que ya mismo vienen a por nosotros.

Le doy algo de agua y, como apenas tiene fuerzas para seguir hablando, me quedo un rato más a su lado, en silencio, para que al menos pueda notar mi presencia, que sepa que no está solo y que nadie lo ha abandonado a su suerte. Cuando el frío de la intemperie se me hace insoportable, regreso a mi saco. El día anterior, entre la caminata, la escalada y la conversación, la temperatura no había supuesto mayor problema. En cambio, ahora la situación es distinta. Después de tantas horas sin casi moverme, rodeado de agua, nieve y la humedad de este maldito agujero, el frío ha calado hasta en el último de mis huesos. Sin olvidarme del miedo. El miedo sigue ahí, implacable, apretando.

Al alcanzar mi saco intento mirar la hora en mi teléfono móvil, pero al presionar el botón de encendido la pantalla no se ilumina. Pensando que se ha apagado, vuelvo a pulsarlo, pero me responde con el último de los avisos que querría leer en este momento: “batería baja”. Al aparato apenas le queda un dos por ciento de su energía. Aquí abajo no parece haber cobertura de ningún operador telefónico —ni local ni español—, así que entiendo que lo más prudente es apagarlo para poder contar con él cuando ese dos por ciento sea necesario.

Empiezo a temerme lo peor. Mi deseo es que nuestros rescatadores aparezcan de un momento a otro, pero no puedo evitar considerar un escenario en el que esta situación se prolongue. No sería extraño que nadie nos echara en falta hasta pasados dos o tres días desde que ayer, domingo, nos despedimos del resto de la expedición. Si la batería me acompañase, podría saber al menos en qué día estoy y qué hora es. Aun así, esa información no me tranquiliza, y los temores en forma de dudas vuelven a asolarme: ¿y si nadie da con nosotros? ¿Y si es demasiado tarde cuando lo hagan?

“Cálmate, Juan.”

Mientras intento introducir de nuevo mi cuerpo dentro del saco, escucho un golpe muy cerca de mí. Me incorporo preocupado y me asomo para ver qué sucede. Me encuentro entonces a José Antonio casi a mi lado, agarrado a mi mochila.

—Jose, pero ¿qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado? —le pregunto bastante asustado.

—No sé —empieza a decirme—, he visto la mochila y he pensado que habría algo que podría utilizar. Me he caído.

Estudio la situación con cautela y decido que no puedo volver a llevarlo al mismo sitio donde pasó la noche; es obvio que sigue muy aturdido y temo que si no puedo mantenerlo bajo vigilancia en todo momento pueda terminar en el fondo del barranco al menor despiste. Lo más razonable es que suba a recoger todas las prendas de abrigo que se han quedado en su último refugio y que le prepare otro en la nueva ubicación, justo a mi lado.

Tras los movimientos necesarios, vuelvo a excavar otro agujero en la nieve donde coloco su esterilla y lo acomodo en ella con todo el cuidado del que soy capaz. Le echo por encima ropa de abrigo para que no pierda calor corporal e incluyo el forro polar que yo llevaba puesto en el momento del accidente, que ya se ha secado, y la parte inferior de mi neopreno, que yo no voy a utilizar. Lo importante ahora es que aguantemos en las mejores condiciones hasta el rescate.»

En la oscuridad

«Cuando estoy despierto, ya no solo vivo el instante de esta encerrona en la que nos ha colocado la naturaleza. De hecho, tengo un breve pasado al que acudir para entrenar mi mente y no perder la razón. Me entretengo en hacer balance de lo que está ocurriendo, me concentro en recordar cada detalle y registrar, sobre todo, el tiempo que transcurre en esta vida en pausa en la que nos encontramos. Sin embargo, es curioso observar que mientras nuestras vidas, pendiendo de un hilo y congeladas a la espera, conviven con una vida a nuestro alrededor que, a su manera, se abre paso ante nosotros (y no siempre de la manera más beneficiosa para nuestros cuerpos).

Hace un par de noches escuché por primera vez el sonido que producen los bloques de nieve al desprenderse de las faldas del barranco. Salté, literalmente, del saco. Fue un sonido fuerte, un alarido que provocó un gran eco por todo el barranco. Al principio, me quedé paralizado, con el corazón latiendo casi más fuerte que el estruendo que acababa de oír, mirando de un lado a otro para intentar identificar de dónde procedía, hasta que observé cómo de la ladera de enfrente caía un bloque de hielo y la nieve arrasaba con todo lo que encontraba en su camino hasta llegar al río, donde se fundía con el agua. Después de tal espectáculo, levanté la cabeza y no pude evitar pensar que toda la nieve que cubre los treinta metros de la pared en la que nos refugiamos tendrá que caer, tarde o temprano, de la misma forma. En ese momento, no escapé del pensamiento: es cuestión de tiempo que un alud nos lleve con él por delante.

He llegado a un punto en el que no alcanzo a diferenciar los días de las noches ni las noches de los días. Las horas y el concepto de tiempo ha perdido el sentido y todo me es igual, por eso intento relatar a la nada, en voz alta a ratos, lo que me está ocurriendo para así ayudarme a mantener una cronología de lo sucedido (y, de paso, la calma). Es tan fuerte el impacto que produce en mí este desequilibrio que temo perder la cabeza antes que la vida. Metido en el saco, cada día escucho cómo el barranco se derrite y cruje y mientras lo hace, mi único pensamiento es que, si he de morir, prefiero hacerlo cuanto antes, sin enterarme.

Hoy José Antonio me ha pedido ayuda para orinar. Pasé los brazos por debajo

de su cuerpo con cuidado y poco a poco fui ayudándole a inclinarse. En ese momento noté que también tiene una pierna mal porque, al ponerse de lado, no pudo moverla, y cuando lo volví a colocar en su sitio e intentar remeterle las prendas de abrigo por ese mismo lado, se quejaba bastante. He tenido que pedirle que aguante un poco más el dolor para poder taparlo bien. Con todas las heridas que tiene no deja de asombrarme su fortaleza; me parece increíble todo lo que está soportando su cuerpo. Además, yo sí sé lo que nos ha ocurrido, soy consciente de lo sucedido, de dónde nos encontramos y de la gravedad de los hechos, pero él no (quizás, en parte, la ignorancia corre a su favor, o eso quiero creer). José Antonio está desorientado, tumbado todo el día entre la nieve, sin apenas poder moverse y con un dolor que nadie que no sea un auténtico “Rambo” podría aguantar. Yo no tengo semejante capacidad física... ni mental.

Anoche escuché otro ruido, uno distinto a los que me tiene acostumbrada aquí la noche. Algo del sonido me resultaba familiar: era idéntico al que produce la furgoneta del negocio de mi padre. Para mi sorpresa, vi con total nitidez que esta bajaba ante mí por la ladera nevada y, cuando alcanzaba mi altura, se abría la puerta del copiloto, detrás de la cual aparecía mi padre al volante. Como el héroe en una película, me decía: “Venga, sube, que nos vamos de aquí”. Y sí, estuve a un tris de subirme, a punto de creérmelo y dar un paso hacia delante, pero —todavía no sé muy bien cómo ni por qué— mi cabeza reaccionó a tiempo para volver a la realidad y no dejar que una ilusión me hiciese caer al vacío. Por suerte (o por desgracia, más bien), al abrir los ojos lo único que tenía delante era el plástico amarillo de la funda vivac.

El sueño-alucinación con mi padre como protagonista no ha sido el único que he tenido estos días. Durante las noches, la mente me funciona a mil quinientos kilómetros por hora. Más allá de la extrañeza y el miedo que pueden provocar sonidos, reflejos, siluetas o sombras desconocidas, y más allá de las dudas de si estos son reales o no, en ese duermevela donde se confunden la realidad y el sueño, he llegado a escuchar voces infantiles, niños jugando en el recreo de una escuela. En mi delirio, cuando intento conciliar el sueño, he de admitir que lo hago con el miedo a despertarme y llevar hasta sus últimas consecuencias una situación como la de mi padre recogíendome en su furgoneta. Temo que el sueño me convierta en un sonámbulo desesperado por salir de aquí y que, inconsciente, siga a mis amigos de entrenamiento, que vienen a llevarme porque ellos aseguran conocer el camino para salir de aquí... Sueños que son sueños, pero que pueden matarme. Sueños que confirman que lo único cierto aquí es que sigo atrapado y encajonado en una minúscula repisa en la pared de una montaña de Marruecos.

A pesar de todo, la noche también me trae momentos más dulces. No sé si ha sido el cansancio, la falta de comida o las ganas de verla, pero juro que anoche vi la cara de Ana. Quizás fruto de la desesperación o del miedo, no sé, me sorprendí entonces a mí mismo pronunciando una especie de plegaria a algún Dios: “Nunca he hecho esto, pero dicen que siempre escuchas. No sé si hay alguien o algo ahí, pero si existes necesito que me mandes una señal para hacerme saber que todo saldrá bien y, por favor, ayúdanos”. Juro por lo que más quiero en esta vida que, al terminarla, de repente, una luz intensa me iluminó y sentí cómo la cara de Ana bajaba, poco a poco, frente a mí hasta darme un beso en la frente. Lo crea o no, fuese o no real, de repente, por un instante, se fueron el dolor, el frío y las preguntas sin respuesta. Ese ángel que vino a verme me dio muchísimas fuerzas para seguir resistiendo.»

